



furia, á la reina doña Leonor, su tia, madre del infante, y su infelicísima mujer doña Isabel, las hizo prender en Roa y llevarlas dende presas al castillo de Castrojeriz.

Prosiguióse por todo el reino una grande carnicería, y de diversas partes le trujeron á Búrgos seis cabezas de caballeros principales, que fueron para él un espectáculo tan grato y apacible, quanto era horrendo y miserable á los hombres buenos que le miraban. Tenía tambien determinado de matar otros muchos en Valladolid, si no se lo estorbára la entrada que repentinamente hicieron en Castilla D. Enrique y el infante D. Fernando: D. Enrique destruía y asolaba la tierra de Campos, de Soria y Almazan; D. Fernando hacia cruel guerra en el reino de Múrcia. Á entrambos incitaba el justo sentimiento de la muerte de sus hermanos, y el grave dolor que su memoria les causaba los encendia en cólera y deseo de vengarlos y satisfacerse con las armas.

El rey de Castilla, con miedo de la entrada que estos caballeros hicieron en su reino, se fué al Burgo de Osma para proveer lo necesario á esta guerra. De allí en el principio del mes de Julio envió un balletero de maza al rey de Aragon á quejarse porque le habia rompido malamente la tregua, y faltando á su verdad, hacia que sus gentes le entrasen en su tierra estando él descuidado y desapercibido con la seguridad de su palabra. Á esto respondió el rey de Aragon, que él era forzado á tomar las armas por el desafuero que él le hacia en no cumplir las condiciones de las treguas, demas que con la toma de la villa de Jumilla él primero las quebrára; que cualquiera dellos fuese el culpado, era cosa muy inhumana é injusta que pagase sus disgustos la sangre inocente de tantas gentes; que sería mejor que estas diferencias se acabasen por combate de veinte con veinte, ó cincuenta con cincuenta, ó de ciento con ciento.

En esta forma, el rey de Aragon desafió al de Castilla con grandes amenazas y palabras de mucha confianza. Su enemigo, como quier que era más poderoso y de grande corazón, ningun caso hizo de sus fieros y desafío. Envio á D. Gutierre Gomez de Toledo, á quien pocos

dias ántes dió el priorato de San Juan, á que pusiese cobro en las cosas del reino de Múrcia; á otros despachó á diversas partes, segun que le pareció convenia á la buena administracion de la guerra. Él se partió á gran prisa á Sevilla; tenía allí puesta en orden una armada de doce galeras, con las cuales se juntaron otras seis que vinieron de Génova. Con esta flota se determinó correr toda la costa del reino de Valencia, acometer y dar un tiento á las villas y ciudades marítimas. Fueron sobre Guardamar, villa del infante D. Fernando, que ganaron por fuerza de armas. No se tomó el castillo, porque sobrevino súbitamente una borrasca tan furiosa que dieron las galeras al traves en tierra, y las hizo pedazos; solamente escaparon dos que por buena suerte se acertaron á hallar en alta mar.

Con tan grande y no pensado infortunio el fiero y soberbio corazón del rey no desmayó ni se quebrantó, ántes quemó el pueblo y las galeras destrozadas, y levantado el ejército, se fué por tierra á Múrcia. Dende á pocos dias llegó á aquella ciudad, envió á Sevilla á Martin Yañez, privado suyo, con orden que hiciase labrar otra nueva armada; y él, juntado que tuvo de todas partes su ejército, se partió para Almazan, do tenía muchos hombres de armas. Entró por aquella parte en las tierras de su enemigo; ganó algunas villas y castillos, así de los que tenían los aragoneses en Castilla, como otros del reino de Aragon, y principalmente se hizo cruel guerra con el estado de D. Tello. En fin del otoño se volvió el rey á Sevilla, con intento de en pasando el invierno juntar una grande flota y hacer la guerra por el mar, ca le parecia que se haria desta manera mayor el daño al enemigo; para este efecto, su tio, el rey de Portugal, le envió diez galeras y tres el de Granada.

Este año fué señalado por el nacimiento de doña Leonor, hija del rey D. Pedro de Aragon, y de D. Juan, hijo de D. Enrique, los cuales tenía Dios determinado que se ayuntasen en matrimonio y heredasen los reinos de Castilla. Nació doña Leonor en veinte dias del mes de Febrero, y D. Juan asimismo en veinte del mes de Agosto. En este mismo año en las córtés de



Valencia se estableció que los años no se contasen como solian por la era de César, sino por el nacimiento de Cristo. En el principio del año siguiente de mil y trescientos cincuenta y nueve, el rey de Aragon puso cerco sobre Medinaceli, pueblo puesto en los confines de los antiguos celtiberos, carpetanos y arevacos, que en tiempo antiguo fué una grande ciudad, mas en este sólo era una mediana villa; empero fuerte por su sitio natural y por tener dentro buena guarnicion de gente que la defendió valerosamente, tanto que fué forzado el aragonés á volverse á Zaragoza sin empecerles, ni dexar hecha cosa que fuese de mucha consideracion ni momento. Estaba el rey de Castilla para ir á socorrer á Medinaceli cuando tuvo aviso que era llegado á Almazan el cardenal de Guido de Boloña, legado del papa Inocencio. Dióle el rey audiencia en esta villa: el legado de parte del papa le dixo que sentia tanto el padre santo hobiese guerra entre él y el rey de Aragon, y le tenía puesto en tan gran cuidado, que si no fuera por su mucha edad y por otros gravísimos negocios de la Iglesia que se lo estorbaron, él mismo en persona viniera á poner paz entre ellos y hacerlos amigos. Que los reyes de Castilla siempre fueron columna de la Iglesia, amparo y defensa, no solamente de España, sino de toda la cristiandad; pero que visto cómo al presente, olvidado de todo punto de la guerra de los moros, se ocupaba en hacerla á un príncipe cristiano, vecino y pariente suyo, no podía dexar de recibir grandísima pena y dolor: que cuando saliese con la victoria, ántes ganaria ódio é infamia que honra ni provecho alguno: que á ambos con paternal amor les rogaba, y de parte de Dios les amonestaba que tantas gentes, tesoros y armas los empleasen contra los enemigos de nuestra santa fe; si así lo hiciesen, su divina Majestad les daria en las manos muy honradas y señaladas victorias como las alcanzaron sus antepasados, esclarecidos reyes.

Respondió á esto el rey que se recelaba de pláticas de paz por causa que el rey de Aragon le engañó ya una vez con color della y muestra de querer amistad: así que estaba determinado y con entera resolucion de no venir en

concierto ni acuerdo alguno, si no fuese que ante todas cosas echase de su reino los castellanos foragidos, y restituyese á la corona de Castilla las ciudades de Orihuela y Alicante, y otros pueblos de aquella comarca, que en el tiempo de las tutorias de su abuelo el rey D. Fernando los aragoneses contra razon y justicia usurparon: demas que por los gastos hechos en esta guerra el rey de Aragon le costase quinientos mil florines. El legado, oido lo que decia el rey, fué á verse con el de Aragon; llevaba alguna esperanza de poderlos concertar, pues se comenzaba á hablar en condiciones.

El rey de Aragon, oida la demanda, se excusaba y acusaba al enemigo como es ordinario. Decia que el de Castilla fué el primero que sin justa causa movió la guerra; que no era cosa razonable ni se podia sufrir le pidiese y él diese lo que heredó de sus padres y abuelos, ni tampoco á él le sería bien contado si menoscabase ó enagenase parte alguna de sus reinos; que este pleito en otro tiempo se litigó ante jueces árabes, y oidas las partes pronunciaron sentencia en favor de Aragon; sin embargo, para mayor satisfaccion y dar á todo el mundo á entender su justicia, él dejaria esta causa de nuevo en las manos del padre santo. Gastábase el tiempo en demandas y respuestas sin concluirse nada. Era lástima grande ver cómo estas dos nobles naciones corrian furiosamente á su perdicion, sin que nadie los pudiese reparar ni poner en paz, ni fuese siquiera parte para hacelles sobreseer la guerra con algunas treguas. Si hablaban en ellas, el rey de Castilla se excusaba con las grandes expensas y gastos hechos en juntar una gruesa armada que tenía á la cola y aprestada para acometer las tierras marítimas de Aragon.

Dejadas, pues, las pláticas de paz volvió á encruelecerse la guerra, renováronse las muertes y crecieron los odios. El rey de Castilla, estando en Almazan, procedió contra el infante D. Fernando y contra los dos hermanos D. Enrique y D. Tello, y aunque ausentes, por sentencia que pronunció contra ellos, los declaró por rebeldes y enemigos de la patria. Con esto se acabó de perder la poca esperanza que les restaba de que se podrian concordar, mayor-





mente que el rey hizo matar en la prision á la reina doña Leonor, hecho sin duda cruel y detestable, puesto que fuera muy culpada y mereciera muchas muertes; tanto mayor inhumanidad y fiereza lavar la culpa de los hijos con la sangre de su madre, sin tener respeto á que era mujer, reina y tia suya. Doña Juana y doña Isabel de Lara, hermanas y señoras de Vizcaya, le fueron compañeras en este último trabajo; doña Juana fué llevada á Sevilla, donde pocos dias despues la hizo morir; á doña Isabel la mandó llevar con la reina doña Blanca, que en el mismo tiempo la hizo pasar del castillo de Sigüenza, en que la tenía presa, á Jerez de la Frontera, que fué dilatar la muerte de ambas por pocos dias. La culpa de sus maridos D. Tello y D. Juan de Aragon descargó sobre las que en nada le erraron; así iban los temporales.

Estaba el corazon del rey tan duro y obstinado, que ningun motivo, por tierno y miserable que fuese, era poderoso para hacerle enternecer ó ablandar: parecia que le cegaba la divina justicia para que no huyese el cuchillo de su ira, que tenía ya levantado para descargalle sobre su cruel cabeza; con todo esto no dejaba de importunar con ruegos y plegarias á los santos patrones del reino que Dios tenía ya para otro guardado. Hacía estos votos al tiempo que se queria embarcar en la armada que tenía aprestada en Sevilla, en que se contaban cuarenta y una galeras y ochenta naves tan bien bastecidas y municionadas, y con tanta caballería y gente de guerra, que era para poderse con ella intentar cualquier grande empresa: defendieron esta vez el reino de Aragon, y le libraron los ángeles de su guarda, y la concordia grande que hobo entre los aragoneses. Fueron adelante siete galeras á las islas de Mallorca y Menorca: descubrieron en el camino una gran carraca de venecianos, y la tomaron, no con otro mejor derecho, sino porque se puso en defensa. Llevada á Cartagena, para que del todo este agravio no tuviese excusa ni descargo, el codicioso y hambriento rey le tomó muchas y muy ricas mercaderías de que venia cargada: el resto de la armada fué sobre Guardamar, y ganó la villa y castillo por combate. Desampararon los aragoneses á Alicante por no se sen-

tir con las fuerzas y municiones que eran menester para poder defender aquella plaza.

Iban en esta flota con el rey el almirante don Gil Bocanegra, el maestre de Calatrava y Diego Gonzalez, hijo del maestre de Alcántara D. Gonzalo Martinez, y otros muchos grandes y señores de todo el reino. D. Gutierre de Toledo, prior de San Juan, quedó para con buen número de caballeros y soldados guardar estos pueblos que se ganaron; con lo demas de la armada se fué el rey á Tortosa. Salió el cardenal legado de aquella ciudad, y se vió con él en su galera á la boca del rio Ebro: dióle un tiento para el negocio de la paz, que fué tan sin fruto como las veces pasadas. De allí se fué la vuelta de Barcelona: surgió en aquella plaza en diez y nueve dias del mes de Mayo. Halló en ella doce galeras de Aragon, acometió por dos veces á tomallas: no lo pudo hacer, ni dañallas mucho por estar muy llegadas á la tierra, con que los ciudadanos con grande gallardía las defendieron.

Burlado, pues, de su intento, partió con la flota para las islas que por allí caen: aportó á la de Íbiza, un lugar que tiene del mismo nombre, aunque fué reciamente combatido con tiros y máquinas de guerra, por estar en un sitio muy fuerte no pudo ser tomado. En el entretanto el rey de Aragon juntó con mucha presteza una armada de cuarenta galeras de los puertos más cercanos á Barcelona: pasó con ella á Mallorca con deliberacion de pelear con la armada de Castilla. En esta isla se quedó el dicho rey por grandes importunaciones de sus caballeros que le suplicaron no quisiese arriscar su persona, y con ella el bien y salud del reino, ni ponello todo al riesgo y trance de una batalla. Movido con sus ruegos envió á Bernardo de Cabrera, su almirante, y al vizconde de Cardona, con orden que peleasen con la flota del enemigo, que con estas nuevas, levantado de sobre Íbiza, era ido á Calpe con la misma resolucion de pelear. La armada de Aragon se entró en la boca del rio que desagua en el mar junto á Denia: pienso es el rio Júcar, que corre por aquella comarca.

Ambas flotas daban muestra de tener gran deseo de la batalla: el recelo era no menor; así



quedó por todos el venir á las manos: con esto se fué en humo todo aquel ruido y asonadas de guerra tan bravas. El aragones se recogió á Barcelona en veinte y nueve dias de Agosto: el rey de Castilla dende Cartagena envió su armada á Sevilla, y él se partió por tierra de Tordesillas por ver á doña María de Padilla, que en aquella villa le parió un hijo por nombre D. Alonso. El contento que el rey tuvo por su nacimiento, muy grande, le duró muy poco, y se le volvió en pesar con su temprana muerte. Á D. Garci Alvarez de Toledo, que ya era maestre de Santiago despues de la muerte de D. Fadrique, le encargó el rey la crianza deste niño y le hizo su ayo.

En las faldas del monte Cauno, que hoy se llama las sierras de Moncayo, se extienden los campos de Araviana, bien nombrados y famosos en España por la lastimosa muerte que en tiempos antiguos sucedió en ellos de los siete nobilísimos hermanos llamados los infantes de Lara. En estos campos D. Enrique y su hermano D. Tello, con setecientos aragoneses de á caballo que llevaban, se encontraron con los capitanes de la frontera de Castilla: venidos á las manos, pelearon muy esforzadamente: fueron los de Castilla vencidos y desbaratados, quedando tendidos en el campo al pié de trescientos hombres de armas, y muertos y presos muchos y muy nobles caballeros. Entre los otros fué muerto su capitan Juan Fernandez de Hínestrosa, y D. Fernando de Castro se escapó á uña de caballo: dióse esta batalla en el mes de Setiembre. El pesar y enojo que el rey de Castilla recibió por este desman, fué tal que como fuera de sí y furioso por vengar su ira y hartar su corazon, mandó matar á dos hermanos suyos que tenía presos en Carmona, á D. Juan, que era de diez y ocho años, y á D. Pedro, que no tenía más de catorce, sin que le moviese á piedad la buena memoria de su padre el rey D. Alonso, ni á misericordia la inocencia y tierna edad de dos inculpables hermanos suyos: ningun afecto blando podia mellar aquel acorado pecho.

Asombró esta crueldad á todo el reino: hizo el rey más aborrecible que ántes: refrescóse la memoria de tantas muertes de grandes

y señores principales como sin utilidad ninguna pública, ni particular injuria suya, ejecutó en pocos años un solo hombre, ó por mejor decir una carnicera cruel y fiera bestia, tan bárbara y desatinada, que no tuvo miedo de en un solo hecho quebrantar todas las leyes de humanidad, piedad, religion y naturaleza. Temblaban de miedo muchos ilustres varones; nadie se tenía por seguro; no había conciencia tan sin mancha ni reprehension que no temiese cualquier castigo de lo que ni por pensamiento le pasaba. Visto pues el grande peligro en que tenían sus vidas en Castilla, muchos prudentes y nobles caballeros se determinaron de asegurarlas en el reino de Aragon, escarmetados en tanto número de cabezas de hombres señalados.

No faltó en estos dias otra ocasion en que el rey mostrase la dureza de su injusto pecho. Tuvo aviso que doce galeras venecianas habian de pasar forzosamente el Estrecho de Gibraltar: envió veinte galeras para que las aguardasen y prendiesen en el Estrecho. Quiso su suerte que al tiempo que pasaban se levantase una recia tempestad: no fueron vistas de las galeras de Castilla, y así se libraron del peligro y daño que les tenía aparejado. Parecia que deseaba tener nueva ocasion de hacer guerra á los venecianos, no con más justa causa de que queria con otra nueva maldad irritar aquella señoría, á quien poco ántes tenía agraviada con la toma de la carraca de sus mercaderes.

Grande porfía y trabajo puso el cardenal legado para que se volviese á tratar de paz, como se hizo en el principio del año de mil trescientos sesenta. Enviáronse de ambas partes sus embajadores con poderes cumplidos para poderla efectuar con cualesquier capitulaciones: estuvieron cerca de concordarse. Blandeaba el de Castilla á causa que en la batalla de Araviana faltaron muchos caballeros castellanos; otros cada dia se pasaban al rey de Aragon: entre los demas, fueron Diego Perez Sarmiento, adelantado mayor de Castilla, y Pedro de Velasco, no ménos noble y rico que el adelantado. Andaban las pláticas de la paz, pero ni en Tudela ni en Saduna, donde poco despues se volvieron á juntar los comisarios para tratar de





las paces, no se concluyó ni hizo nada: los aragoneses con los buenos sucesos se hallaban más animados; el rey de Castilla, con las pérdidas y desastres, aún no perdía del todo su primera fiereza, no obstante que, por faltarle tantos amparos y amigos, andaba dudoso, sin saber á qué parte se arrimar: vacilaba entre los pensamientos de paz y de la guerra; no sabía de quién fiarse; así cada día mudaba los capitanes y otros oficiales. En este miserable estado se hallaba este rey, bien merecido por su sangrienta y terrible condicion.

De tal manera andaban los tratos de la paz, que en el interin no se alzaba la mano de la guerra; ántes hacían nuevas compañías de soldados, buscaban dineros, pedían socorros extranjeros, y en todo lo al se ponía gran diligencia, especialmente de parte del rey de Aragon, que el de Castilla principalmente cuidaba y se ocupaba en vengarse y hacer castigos en sus nobles. Con este pensamiento partió de Sevilla para Leon por prender á Pero Nuñez de Guzman, adelantado mayor de Leon. No salió con su intento á causa que el adelantado fué avisado por un escudero suyo de la venida del rey, y se huyó á Portugal. Despues desto, un día que Per Álvarez Osorio comía en Leon con D. Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, de quien era convidado, por orden del rey le mataron allí en la mesa dos ballesteros de maza suyos, sin que el maestre supiese cosa alguna deste hecho. Pasó de Leon á Búrgos; allí con semejante crueldad hizo matar al arcediano Diego Arias Maldonado, sin tener respeto á su dignidad y sagrados órdenes: causaronle la muerte unas cartas que recibió del conde D. Enrique. Á otros muchos á quien él quería matar dió la vida la repentina entrada que los aragoneses hicieron en Castilla. Debajo la conducta de los hermanos D. Enrique y D. Tello, y del conde de Osona, entraron con gran furia por la Rioja y ganaron la villa de Haro y la ciudad de Nájara, donde dieron la muerte á muchos judíos por hacer pesar al rey, que los favorecía mucho por amor de Simuel Leví, su tesorero mayor: hízose otrosí gran matanza en los pueblos comarcanos y gran estrago en los campos y heredades: con este ímpetu llegaron

los pendones de Aragon hasta el lugar de Pancorbo. La ciudad de Tarazona volvió en estos días á poder de los aragoneses, por entrega que hizo della el alcaide y capitán, á quien el rey de Castilla la tenía encomendada, que se llamaba Gonzalo Gonzalez de Lucio: pienso que la entregó por algun miedo que tuvo de su rey, ó con esperanza de mejorar su hacienda.

El rey de Castilla, juntado su ejército, fué en busca de sus enemigos, que tenían sus estancias en Nájara; asentó sus reales junto á Azofra, pueblo pequeño y de poca cuenta. En este lugar, un clérigo de misa y de buena vida (así fué fama), vino de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, y dijo al rey que corría grande peligro que su hermano D. Enrique le matase, porque Dios estaba con él muy airado; que esto se lo mandó decir el bienaventurado Santo Domingo de la Calzada, que le apareció en sueños en una soberana figura y representacion más que humana. Costóle la vida su embajada, ca el rey le hizo quemar públicamente en sus reales; muchos dudaron si con razon ó sin ella. Levantó el rey su ejército de Azofra, y mandó marchar para Nájara; llegado junto á la ciudad, salieron á él los enemigos, tuvieron un bravo rencuentro en que fueron desbaratados los de Aragon, y con mucho daño y pérdida los compelieron á volver las espaldas y huirse á la ciudad. Pudieron ser tomados á manos dentro della, si no fuera por el poco seso y ménos cordura del rey, que no quiso creer los saludables consejos de los que eran de parecer los cercasen; parecióle que bastaba haberlos forzado á que huyesen, y se encerrasen dentro de los muros de la ciudad. Dende á dos ó tres días, los aragoneses desampararon á Nájara y Haro, y metió el rey en ellas buenas guarniciones de soldados.

Puesto buen recaudo en aquella frontera, se volvió á Sevilla; trató y hizo con el rey de Portugal en esta sazón que se entregasen el uno al otro los caballos que andaban huidos en sus reinos; asiento en que quebrantaron su palabra y fe pública, alteraron la costumbre de los príncipes y violaron el derecho de las gentes, que fué causa de otras nuevas muertes. Mató el rey de Portugal á un Pero Cuello, y á otro cierto



escribano llamado Álvaro, porque se le acordaba que éstos, por mandato de su padre, dieron la muerte á su amiga doña Ines de Castro.

Tuvo mejor dicha Diego Lopez Pacheco, que era uno de los que ejecutaron, que fué avisado y tuvo lugar de huirse á D. Enrique; el cual despues por los buenos servicios que le hizo, le dió un buen estado en Castilla, y fué en ella un fundador y cabeza de la casa de los Pachecos, rica y noble entre los grandes de España. Otros caballeros entregaron al rey de Castilla, que luégo los hizo matar en Sevilla: uno dellos fué el adelantado de Leon, Pero Nuñez de Guzman, otro Gomez Carrillo, que le cortaron la cabeza en una galera, en que por orden del rey iba desde Sevilla á Algezira con recados fingidos y cartas para que le recibiesen por alcaide y capitán de aquella ciudad. Quería el rey mal á este caballero y se recelaba dél porque un año ántes le había tomado á su hermano Garci Lasso Carrillo, su mujer doña mari Gonzalez de Hinestrosa, por lo cual se fué á Aragon el marido á servir á D. Enrique: la mala conciencia hace á los hombres sospechosos, y por el miedo crueles y sanguinarios.

Asimismo en la villa de Alfaro hizo desca-bezar en la prision á un caballero que era su repostero mayor, por nombre Gutierre Fernandez de Toledo, cuya muerte fué muy llorada en todo el reino, porque era muy buen caballero y de loables costumbres. El rey, por evitar el odio que le podia causar la muerte no merecida de un caballero tan bien quisto, fingió algunas causas por que le mandó matar, la principal que se inclinaba al partido de D. Enrique; mas á la verdad, su culpa fué decirle con ánimo libre y fiel las cosas que le cumplian; ca semejante libertad no puede dejar de ser peligrosísima con los malos príncipes: lo más seguro es adularlos. La lisonja aún con los buenos reyes se puede usar sin peligro: esto hace que en los palacios de los príncipes crezca en tan gran número este perverso linaje de gente adulatora, y que de ninguna cosa hay mayor mengua que de hombres que con lealtad y sano pecho digan la verdad, y adviertan de lo que importa.

Sabida la muerte de Gutierre de Toledo

por sus sobrinos Gutierre Gomez de Toledo, prior de S. Juan, y Diego Gomez, su hermano, hobieron mucho miedo y enojo, y se fueron á Aragon. Al arzobispo de Toledo, D. Vasco, compelió el rey á que á la hora saliese desterrado del reino: diósele tanta priesa que no le concedieron tiempo para tomar otro vestido, ni llegar á su cámara á sacar un Breviario, sino que súbitamente como le halló el mensajero oyendo misa, fué forzado á dejar á Toledo y partirse su camino, no por otro delito más de haber (como era razon) sentido mucho la muerte de su hermano Gutierre Fernandez: fuése este prelado á Coimbra, donde en un monasterio de los predicadores acabó santamente su vida é injusto destierro: despues pasados algunos años se trasladó su cuerpo á la iglesia mayor de Toledo. Muchos á este arzobispo le llamaron don Blas, que me pareció advertir porque la variedad del nombre, como otras veces suele, no cause algun engaño. Ordenó su testamento en Coimbra luégo el año siguiente á veinte de Enero, en que dice que quiere ser sepultado delante del altar de Nuestra Señora del Choro de la iglesia de Toledo, junto á la sepultura de D. Gonzalo, obispo albanense y cardenal, y así se hizo.

De aquí se saca que el cardenal D. Gonzalo solamente estuvo depositado en Roma, como lo reza su lucillo de Santa María la Mayor en la letra que de suso queda puesta. Parece renunció D. Vasco el arzobispado luégo que le desterraron, pues se halla que aquel mismo año entró en su lugar D. Gomez Manrique hijo de Pedro Manrique, señor de Amusco y de Avia, y hermano de Garci Fernandez Manrique, adelantado de Castilla, cepa y tronco de los duques de Nájara y de otras casas de Castilla de aquel apellido de Manrique. Fué D. Gomez Manrique obispo de Palencia, y al presente lo era de Santiago: sucedióle luégo en aquella Iglesia de Santiago D. Suero Gomez de Toledo, sobrino de D. Vasco, que debió ser manera de permuta y recompensa que se le hizo por la iglesia de Toledo que dejaba.

Miéntas estas cosas pasaban en Castilla, el rey de Aragon envió cuatro galeras muy bien armadas de soldados y municiones, y basteci-